

AMALGAMA

Creer en Dios

La globalización democrática acaba con la fe, pero genera una tensión frente al vacío moral ocupado por millones de páginas legislativas que quieren sustituir el topos de Dios



JUAN EZEQUIEL MORALES

La idea de Dios, a través de la historia humana, ha atravesado multitud de avatares, como no es menos de esperar para lo que podríamos decir que es el constructo más abstracto, y a la vez más emotivo, de la mente y la emoción del existente. El descubri-

miento de Dios genera la humanización, que lleva consigo, en unas religiones más panteístas, la ubicación, en lo alto del panteón, del creador junto al destructor, y luego, en religiones monoteístas, la unión de ambos principios, de forma que tenemos dioses que se suponen buenos porque sí, pero expresan y expelen ira y temor, la *Ira Dei* y el temor de Dios, protagonistas de las mayores crueldades y generadores de las más efectivas culpas colectivas, hasta llegar a nuestros días en los que Dios es, o bien una superstición, para tranquilidad de los ateos que no se molestan mucho en ahondar

en qué pasa, o bien una consecuencia estructural con su tesis, su antítesis y su síntesis, es decir, superable y, con esa superación, motor evolutivo de lo humano cognoscente. De todo este bati-burrillo de siglos, a veces geoes-tacionario, a veces globalizante, resulta de interés analizar cómo está actualmente la cuestión, desde el punto de vista sociológico, al albur de una encuesta Win-Gallup, publicada recientemente por *The Independent*. En general, hay bastantes países en los que la fe divina ocupa al 80 por cien de la población. En China son ateos casi la mitad de los pobladores, a causa de la supresión

estatal de las religiones durante los 27 años maoístas. Pero Noruega, por ejemplo, también dispone de parecida cantidad porcentual de ateos, lo que podría significar que el consumismo y el modo de ser occidental suprime a Dios tanto como el impuesto materialismo estatal. En Japón, una sociedad muy tradicional, no obstante, la proporción del ateísmo llega al 39 por ciento, lo que podríamos atribuir también al modo occidental de ser y consumir. Checoslovaquia dispone del mismo porcentaje de ateos que Japón, y tal vez en este caso hayan contribuido a ello también los choques nacionalistas vinculados a la religión, con lo que el desenlace ha sido bastante político, unido a la planificación intelectual comunista durante 50 años. He aquí, sin embargo, que los ateos franceses son un discreto 20 por ciento, al

igual que en Australia o Islandia, países de vaivenes político-religiosos con la iglesia anglicana y la luterana de por medio. Lo que sí es cierto es que la encuesta Win-Gallup constata que la fe va en disminución, denominando tal a esa visión y sentimiento trascendental de la que excluimos ciertos fundamentalismos actuales que se han vinculado directamente al asesinato y al suicidio como denominaciones de origen, lo cual no deja de ser religioso, pero no en el sentido sociológico de lo que estamos tratando aquí. La globalización democrática acaba con la fe, pero genera, a su vez, una tensión frente al vacío moral ocupado por millones de páginas legislativas, que quieren sustituir el topos del antiguo Dios, y esa tensión es ocupada, en el otro extremo, por dictaduras teístas, y entre esos dos polos va a bascular el equilibrio de lo sagrado y lo profano en esta nueva época en la que el planeta ha sido globalizado por la tecnología.

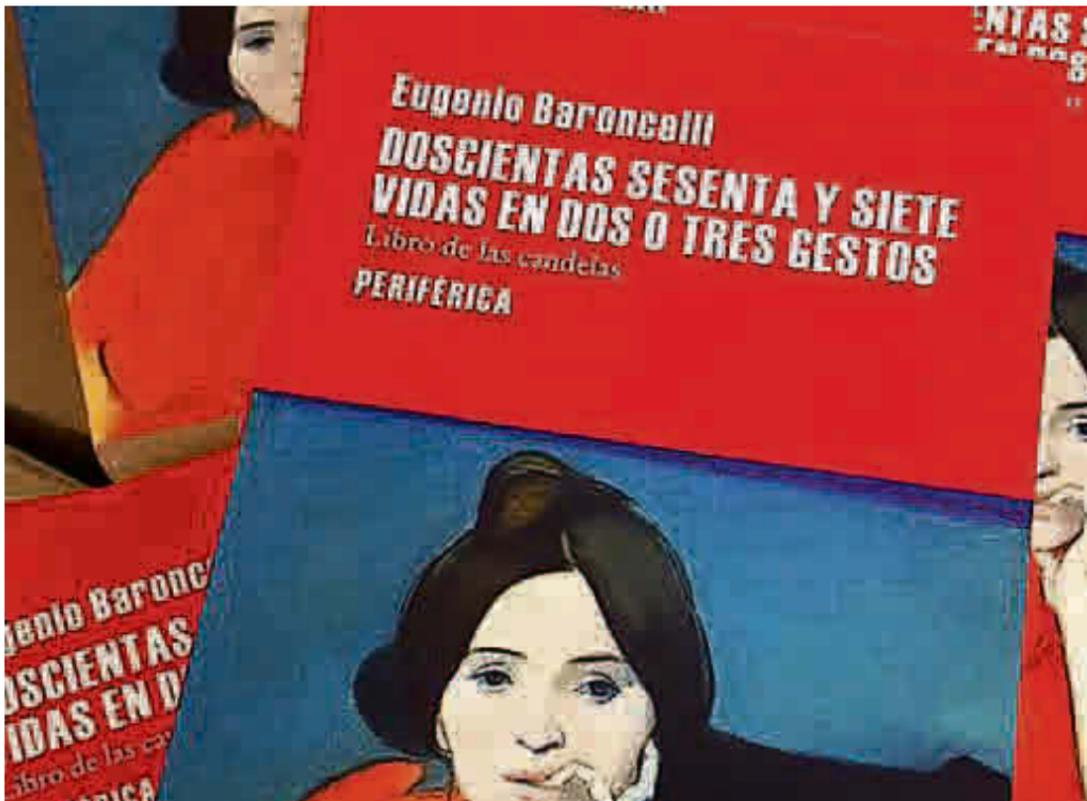
CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

Prueba de vida

ANTONIO BORDÓN

Decía Carmen Martín Gaité, una escritora que habría que leer más y seguido ahora que la editorial Siruela está reeditando toda su obra (les recomiendo empezar por *El cuarto de atrás*), que "el material del que se nutren nuestras narraciones no es tan importante como la forma que tenemos de hacerlo nuestro, es decir, de aplicarle una particular interpretación". Esto es lo que hacen Bernard Pivot y Eugenio Baroncelli en *Las palabras de mi vida* (Confluencias) y *Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos* (Periférica), respectivamente. Ambos libros, de difícil catalogación, permiten al lector conocer y disfrutar de un sinfín de anécdotas y curiosidades literarias que nos recuerdan los *Cuadernos de todo* de Martín Gaité, esos cuadernos en donde la escritora salmantina anotaba la vida, la suya y la de otros muchos, bajo la mirada del narrador.

Apoiado en su excepcional trayectoria profesional como divulgador, gracias al legendario programa de televisión *Apostrophes* (donde entrevistó a grandes escritores como Albert Cohen, Marguerite Duras o Vladimir Nabokov), en *Las palabras de mi vida* Pivot reúne recuerdos, conversaciones y anécdotas de todo tipo, transformados en una galería de imágenes que, a la manera de los vitrales góticos medievales, revela en la suma de sus fragmentos el relato de una vida íntimamente vinculada a las palabras: "La gente no me cree cuando digo que no pasa un día sin que abra un diccionario. Podría exagerar para dar ejemplo o por



Detalle de la portada del libro de Eugenio Baroncelli. | LP / DLP

modestia. Pero sin embargo es verdad. Ante la menor duda acerca de la ortografía de una palabra, de su uso, de sus acepciones, de sus sinónimos, abro el Petit Larousse [...] Es un placer porque aprendo, descubro, recuerdo, comparo y rectifico. Soy un ignorante ilustrado".

En *Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos*, Baroncelli consigue lo que no consiguieron hacer los espejos del célebre aforismo de Jean Cocteau: "Los espejos podrían hacer algo más antes de devolvernos las imágenes". Las breves semblanzas de Cervantes, Mel-

ville, Proust, Zweig, Gógol, Kafka o Céline, entre otros muchos autores que Baroncelli congrega en su libro, pretenden menos escharbar en la parte oculta de sus vidas que presentar las realidades que caben entre uno mismo y su doble, es decir, su imagen. Los relatos biográficos de Baroncelli son, en realidad, como estrellas: su luz es muchas veces tenue y normalmente tarda un tiempo en llegar hasta nosotros, pero cuando lo hacen, es con una luminosidad diferente al resto.

Es difícil resumir la riqueza de este libro, que en poco más de tres-

cientas páginas nos cuenta dos mil años de vida, de Herodes Antipas a Federico Caffé, un economista keynesiano declarado oficialmente muerto en 1998, tras su misteriosa desaparición en 1987: "Al amanecer del 15 de abril de 1987 salió de su casa en Roma para no volver nunca más. Desde entonces nadie lo ha vuelto a ver. ¿Adónde fue a parar? Algunos dicen que a un mundo menos triste que éste, otros que al corazón de una isla perdida o a la cima inviolada de una montaña. Otros dicen que a una paginita que pasará inadvertida, como ésta".

PRÓXIMO PRÓJIMO

El escritor americano Chuck Palahniuk vuelve a mediados de abril a las librerías españolas (si es que alguna vez se fue) pisando fuerte con una novela sobre las apocalípticas posibilidades de *marketing* del placer femenino. *Eres hermosa*, que publicará el sello Literatura Random House, promete al menos ser tan revulsiva como sus novelas anteriores: *Al desnudo*, *Condenada* y *Maldita*. *Eres hermosa* cuenta la historia de Penny Harrigan una chica corriente que no da crédito a su suerte el día que C. Linus Maxwell, un magnate del sector tecnológico y codiciado soltero de oro la invita a cenar. Bastará una primera cita en el restaurante más exclusivo de Manhattan para que Penny acabe en la habitación de un hotel de París, disfrutando de los inimaginables placeres que le proporcionan los objetos diseñados por Maxwell. Pero el interés de éste por Penny tiene poco que ver con el amor y mucho con una nueva línea de juguetes sexuales comercializados en una cadena de tiendas llamada Beautiful You. *Eres hermosa* es una novela astuta, seductora, sutil, de una ambigua ironía, que esquivo los juicios morales obvios. Lo mejor de la novela es como Palahniuk deja en paños menores a *Cincuenta sombras de Grey*. Y de paso, nos deja su mejor novela en años.